

Vida y universidad, reflexiones autobiográficas sobre las huellas de la universidad pública

¿Y si en vez de superar este día decidiéramos refugiarnos en el anterior
Solo para coger aire?
¿O para no errar el tiro?

Fabián Guerrero Obando, *El día que fuimos*

En la fase productiva, el sujeto humano proyecta convertirse a sí mismo en alguien diferente, adquirir otra forma; después, en la fase consuntiva, al asumir dicha forma, lleva a cabo ese proyecto. Podría decirse que, en virtud de este hiato que ha roto el continuum natural de las dos fases reproductivas animales, el sujeto humano desdobra su condición doble y existe en dos versiones de sí mismo.

Bolívar Echeverría, *Definición de la Cultura*

I
¿Qué secreto esconde la vida de un ser humano?, ¿qué puede mostrar?, ¿qué extraña hermenéutica se puede realizar a partir de ella?, en estas preguntas se esconde la apuesta metodológica y el posible valor de este trabajo. Este texto se enmarca en un movimiento sociológico que desde finales del siglo pasado ha emprendido la tarea de revalorizar

al ser humano concreto frente al frío cientificismo (Pujadas. 2002, p.7), del que tuve noticia por primera vez en las clases de mi recordado maestro Miguel Valles. Atendiendo al epígrafe de este apartado diré que el individuo puede entenderse como la actualidad de un proyecto siempre abierto, como una elección de forma siempre en proceso de transformación. Cada vida humana es así la concreción única,

=====

Expreso móvil

particular, dialéctica de la comunidad humana y por tanto es en esta particularidad donde podemos encontrar las claves de un momento histórico específico. Qué, si no esto explica la elección metodológica de William Thomas y Florian Znaniecki (2006), qué si no esto otorga significado a la biografía como herramienta de investigación social cualitativa. La vida de cada uno es, pues, un texto en el que buscar el significado del momento histórico que nos ha tocado vivir, las huellas de la cultura, el legado de las instituciones.

El recurso hermenéutico al relato biográfico o autobiográfico, como en este trabajo, no está reservado únicamente a los protagonistas de los que Stefan Zweig llamó, “momentos estelares de la humanidad”. También los anónimos de la historia, aquellos que solo de manera indirecta dejamos huella en el devenir humano (Dosse, 2007, p.297), tenemos algo que decir sobre nuestro tiempo, sobre nuestro mundo. Incluso podría argumentarse que tenemos más que decir, porque en los

muchos, en la muestra común, no excepcional de la época, se esconde el significado de esa época. Los seres excepcionales pueden contar la historia de su grandeza pero los muchos podemos desvelar el sentido del mundo en que vivimos, dicho con un ejemplo: Simón Bolívar puede contarnos la centralidad de su presencia en la liberación de América del Sur, pero el significado de ese proceso les pertenece a los soldados que construyeron esa épica.

El vínculo entre el individuo -anónimo- y las instituciones que regulan y organizan la vida social es, a mi entender un campo de estudios que nos deparará grandes hallazgos.

El vínculo entre el individuo -anónimo- y las instituciones que regulan y organizan la vida social es, a mi entender, un campo de estudio que nos deparará grandes hallazgos en el futuro. Uno de los elementos que más me entusiasman de este ámbito de indagaciones, es la fragilidad de la frontera entre el individuo y la sociedad y, más específicamente, las instituciones de la sociedad. Bolívar Echeverría muestra claramente esta fragilidad en la ambigüedad de la voz *Ethos*: que conjunta el concepto de “uso, costumbre o comportamiento au-

tomático” —una presencia del mundo en nosotros, que nos protege de la necesidad de descifrarlo a cada paso— con el concepto de “carácter, personalidad individual o modo de ser” —una presencia de nosotros en el mundo, que lo obliga a tratarnos de una cierta manera—. (Echeverría, 1993, p.67). La vida social es así un algo que habitamos y que al mismo tiempo nos habita, es justamente por esta doble naturaleza que la hermenéutica del individuo es necesariamente también la hermenéutica de la sociedad y más específicamente de las instituciones sociales.

Cuando pienso en la huella que las instituciones dejan en las personas, es decir, en esa ambigua condición de habitar y ser habitado, no puedo despegarme del relato que José Gaos ofrece en sus *Confesiones profesionales* (2008). En ese pequeño, por su extensión no por su importancia, tesoro; Gaos cuenta un sin fin de confidencias que hacen patente la enorme estatura de personajes como Javier Zubiri, Manuel García Morente y por supuesto José Ortega y Gasset, pero también nos entrega cla-

ves del funcionamiento de la, en ese momento llamada Universidad Central de Madrid. A este respecto es, sin duda, significativo el siguiente pasaje:

Llegada la clase del correspondiente viernes, Morente dejó mi trabajo para último y me hizo de él tan exclusivamente un elogio, y tal, que yo estaba tan abochornado por fuera como derretido por dentro. ¿No remachó definitivamente aquello mi vocación? Quizá nadie sabe lo que puede hacer de un joven un verdadero maestro... En todo caso, desde aquel día, primero me sentí distinguido, delicadamente, por Morente; después, poco a poco, fui entrando con él en una relación que extravesó ampliamente de las clases universitarias: le acompañaba por la calle, iba a su casa, le oía tocar el piano, me dejaba libros, me encargó la que fue mi primera traducción, para la Colección Universal Calpe, que él dirigía, me presentó a Ortega, fuimos habituándonos a que yo le consultara sobre todo lo importante al rumbo y en la ruta de mi vida y él me aconsejara, hasta que acabó siendo mi padre es-

=====

Expreso móvil

piritual mucho más que mi propio padre natural. Cuando cierto día arribé a su casa de Madrid, desde la estación del ferrocarril de Valencia, diciéndole que para seguir adelante con mi vocación filosófica no podía contar más con mi padre, tenía que arreglármelas por mí mismo, y medios para sostenerme apenas unas semanas, pero que confiaba en él, que, después de todo, algo era responsable de mi vocación, me dijo, entre risueño y grave: «Acepto la responsabilidad; vamos»; y fuimos al Centro de Estudios Históricos, reunió con nosotros dos a Américo Castro y Tomás Navarro, y les espetó: «Hay que mandar a Gaos inmediatamente a un lectorado. ¿Cuáles hay disponibles en este momento?». -«Hombre, Mariano, pues... Génova, Montpellier y Los Ángeles». «Pues no le voy a dejar a elegir a Gaos. Se va a ir a Montpellier. Es lo más cerca y por ahora no le conviene alejarse demasiado. Es la segunda Universidad de Francia y Francia siempre hace bien y más la provincia (él había estudiado el bachillerato en un liceo francés de provincia)». Y unas semanas después,

llegaba yo a Montpellier, como lector de español de la Facultad de Letras y repetidor de la Escuela Normal. (Gaos, 2008, p. 25-26)

Ese joven Gaos, germen del gran filósofo y maestro, abandonado a su vocación, encontró un padre putativo capaz de encauzar sus búsquedas filosóficas y también unas oportunidades, por pequeñas que fuesen, que le permitieron entregarse a su amor por la filosofía. La Universidad Central de Madrid, con todos sus límites, fue así capaz de dar cobijo y guía a personajes decisivos de las letras en español como José Gaos. La huella de las instituciones, y más aún las instituciones educativas, es, por tanto, de una profundidad incalculable, los individuos definen su vida en torno a esas huellas. Mi intento en este trabajo es usar el relato autobiográfico como recurso hermenéutico para indagar en la huella que la Universidad Central del Ecuador y la Universidad Complutense de Madrid han dejado en mi vida y en como esa herencia puede dar luz a algo más que mi discreta existencia.

Todo era allí como un recuerdo: los pájaros rondando alrededor de árboles ya idos, furiosos por cantar sobre ramas pretéritas; el viento, trajinando de una retama a otra, pidiendo largamente copas verdes y altas que agitar para sentirse sonoro; las bocas, las manos y las frentes, buscando dónde sombreadarse de frescura, de amoroso descanso. Todo sonaba allí a pasado, a viejo bosque sucedido. Hasta la luz caía como una memoria de la luz, y nuestros juegos infantiles, durante las rabonas escolares, también sonaban a perdidos en aquella arboleda.

Rafael Alberti, *La arboleda perdida*.

89

II

Uno de mis recuerdos más antiguos, y más preciados, me lleva al estadio de la Universidad Central del Ecuador (UCE) iluminado por la primera luz del día, la voz de mi amado maestro, Medardo Salazar, indicándonos el plan de calentamiento y mis compañeros y amigos desperezándose antes de empezar a correr los 10 kilómetros de rigor. En mi memoria está impregnada la sensación de ese intenso frío, de las pocas ganas de correr y de la fuerza de una voluntad compartida, de una identidad colectiva -nosotros éramos el CAMU (Club de Artes Marciales Universitario)-, que nos impulsaba, que nos movía. Han pasado 30 años de este recuerdo, ya no soy un deportista

en activo, la vida ha fluido como un expreso hacia lugares insospechados y sin embargo cada vez que vuelvo a ese estadio y al CAMU, esa memoria es más vívida, más actual. Esta anécdota personal me permite ilustrar el calado humano profundo que tiene para mí la Universidad Central del Ecuador. Mi universidad es mi casa, el espacio en el que me he hecho adulto y, si atendemos a la sentencia kantiana que reza: Únicamente por la educación el hombre puede llegar a ser hombre (Kant, 2003, p.31), también ser humano en un sentido integral. Mi universidad es mi topos y no puedo empezar a discurrir sobre el tema que nos ocupa sin exponer, y exponerme, respecto de este, que es por tanto, mi lugar de enunciación.

=====

Expreso móvil

Más allá de la memoria, que es traicionera porque mitifica y rellena arbitrariamente sus espacios vacíos, los datos son que estudié el bachillerato en el Colegio Universitario Odilo Aguilar, que desde la adolescencia formé parte de la selección de Tae Kwon Do de la Universidad Central del Ecuador, que durante la segunda mitad de los años 90 realicé estudios de Sociología y mi madre también cursó estudios de licenciatura en la misma universidad en ese tiempo, que en consecuencia estuve vinculado de diversas maneras a la UCE desde los 14 años, justamente el periodo en el que se consolidan en el individuo el sentido moral, los valores, en fin, las ideas respecto de la justicia y la verdad.

Terminado el bachillerato, en medio de angustiosas carencias económicas, con cada vez menos fe en mi militancia en el Partido Comunista Marxista Leninista del Ecuador (PCMLE) y con la convicción firme de continuar mi carrera deportiva, decidí, con miedo pero sin dudas, iniciar mis estudios universitarios en la Escuela de Sociología de la UCE. Tomé esta decisión, como he tomado muchas otras de mi vida, al

amparo de una fuerza que no era mía y bajo el auspicio de una señal indudable. Esa señal fue una conferencia a la que asistí, por pura casualidad, dictada por Napoleón Saltos en la Escuela de Trabajo Social. La lucidez de Napoleón fue un auténtico descubrimiento, y más, si como en mi caso, la comparaba con las recetas de las escuelas de formación política del PCMLE. Ese día supe que no podría estudiar otra cosa que no fuese la disciplina a la que pertenecía ese extraordinario orador. Esta decisión significó mi ruptura definitiva con el partido en el que recibí mi primera formación política, ruptura que agradezco pues nunca pude pensar con apego al dogma. De los años de estudios de sociología, correspondientes a la segunda mitad de los años 90, tengo nítida la percepción de la destrucción de la salud y la educación pública -hago notar al lector que estudiaba en una universidad pública y mi madre trabajaba en un hospital público-, provocada por la implantación del modelo neoliberal, de la extenuación que dejaban las horas sin fin de entrenamiento, del dolor de los sueños rotos y las lecturas hechas en todos lados, en la calle, sentado en el suelo, en algún

parque, y sobre todo, en la plaza Indoamérica frente a la fuente. Justamente ahí, en la Plaza Indoamérica, leí, o quizá sea más justo decir que mal leí, *Las ilusiones de la Modernidad* de Bolívar Echeverría, libro que formaba parte de una materia, no recuerdo cuál, dictada por Milton Benítez. La lectura de *Las ilusiones de la modernidad* fue para mí el primer ejercicio verdadero de entrega a la vocación, ese libro me marcó profundamente y con el tiempo se ha convertido en una fuente inagotable para mis búsquedas filosóficas. De todos los textos que, para la carrera leí en esos años, solo conservo un apego profundo a este libro y a este autor. La influencia del pensamiento de Bolívar Echeverría en mi tarea docente es enorme, creo, simplemente que nunca pude despegarme de esa plaza y de ese libro.

Por supuesto mis estudios, inconclusos, de licenciatura en la Escuela de Sociología de la UCE, fueron decisivos en la ampliación de mis expectativas profesionales. Mi universidad, me ofreció la oportunidad de ampliar mis horizontes vitales. Yo, el mayor de cuatro hermanos, hijo de una madre trabajadora, sin otro sustento material

que el que ella podía darme con su esforzada tarea, pude, merced al carácter público de mi universidad, asistir a las aulas universitarias y formarme con la que, a mi entender, ha sido la generación más importante de pensadores sociales de la historia del Ecuador. Así pues, es evidente que solo el carácter público de los estudios universitarios puede convertirse en un mecanismo de democratización del saber y de las oportunidades. Pero la herencia más profunda que me dejó mi primer paso por la UCE no es de orden material, científico o técnico, tiene que ver más bien con los elementos rectores que han organizado toda mi vida: mi fe en un mundo mejor, mi militancia en la izquierda, en la necesidad de construir una sociedad definida por la equidad y la igualdad de oportunidades, mi búsqueda de horizontes intelectuales. Estos principios de vida se cimentaron en mí a través del ejemplo del *Sasong Nim Medardo Salazar*, quien me hizo descubrir el imponente silencio que se hace cuando se alcanza la cumbre, cualquier cumbre y que por tanto formó mi espíritu para el combate que es la vida; de la tarea de grandes maestras, como Alicia Noroña,

=====

Expreso móvil

Patricia Chávez, Cecilia Calero que supieron avivar la duda en un adolescente curioso, y de enormes intelectuales como Alejandro Moreano, Milton Benítez, Julio Echeverría, Rafael Quintero, César Alborno, Luis López -enumeración medrosa e injusta porque la escuela de sociología tuvo, como ya he dicho, en esos años una planta docente increíble a la que solo puedo recordar con admiración y respeto-, que me permitieron asomarme a la tarea del intelectual, del ser humano comprometido con sus ideas, y por sobre todas estas milagrosas presencias, la imponente figura de mi madre y su lucha infatigable por construirnos y construirse un futuro mejor, mi madre que tenía una fe ciega en el valor de la educación, que realizaba turnos nocturnos en el Hospital Eugenio Espejo y se presentaba a clase en la Escuela de Trabajo Social con un pesado sueño que, sin embargo, nunca venció su capacidad de lucha, que obtuvo su licenciatura en trabajo social, dándonos a sus hijos e hijas una auténtica lección de valor, esfuerzo y compromiso. Por eso si debo mencionar tres palabras que han definido mi vida, esas son: fe, compromiso y esfuerzo y son en muchos sentidos el legado de mi universidad. Luego,

cuando mi vida se precipitó por senderos agrestes y peligrosos, cuando me faltó de todo, solo me acompañaron estas tres gracias, sempiternas.

El viernes 25 de mayo de 2001, con la cruel certeza de la ausencia de futuro y lleno de una emoción y tristeza igualmente inconmensurables, me subí al avión que me llevó a Madrid. En la maleta de mano tenía un libro, prestado o más bien regalado de facto, por Marco Tobar, padre de mi gran amiga y compañera de aula, Pamela Tobar, ese libro eran las memorias de Rafael Alberti, *“La arboleda perdida”*, donde hasta la luz cae como una memoria de la luz. No puedo imaginar un libro más adecuado como lectura para el inicio de una huida. El estadio universitario, el CAMU y la plaza Indoamérica fueron desde ese día los lugares de mi memoria y mis saudades. La verdad es que uno nunca regresa del todo a los lugares de las añoranzas, se vuelve sí, pero distinto, con el peso de los años y de las ausencias. Ahí, en la memoria, viva e inalcanzable está aún mi personal arboleda perdida, a la que aún duele regresar por la densidad ocre de los años.

La vida es un caos, una selva salvaje, una confusión. El hombre se pierde en ella. Pero su mente reacciona ante esa sensación de naufragio y perdimiento: trabaja por encontrar en la selva «vías», «caminos»; es decir: ideas claras y firmes sobre el Universo, convicciones positivas sobre lo que son las cosas y el mundo. El conjunto, el sistema de ellas, es la cultura en el sentido verdadero de la palabra; todo lo contrario, pues, que ornamento. Cultura es lo que salva del naufragio vital, lo que permite al hombre vivir sin que su vida sea tragedia sin sentido o radical envilecimiento.

Ortega y Gasset, *La misión de la Universidad*.

III

Creo que la palabra que mejor define mi vivencia de los primeros años en Madrid es caos. Todo lo vivido en ese periodo: la fiesta, la embriaguez, el hambre, el frío, la tibieza, la soledad, la solidaridad, la vileza, la amistad y la traición, todo se me presenta mezclado en una amalgama indiferenciada, que hoy asocio a la idea de origen en los griegos:

Al principio, sólo existía el Vacío; los griegos lo llamaron Caos. ¿Qué es el Caos? Una inmensidad vacua, negra y oscura, en la que nada se veía. Una especie de caída, de vértigo, de confusión, sin fin, sin fondo. Era un vacío tan impresionante como una inmensa boca siempre abierta en la que todo

quedara engullido en una misma noche indiferenciada. En el origen, pues, sólo existía el Caos, abismo ciego, oscuro, ilimitado. (Vernant. 2012, p.15)

La idea del origen es pues ominosa, recuerda la ausencia de razón y sentido, lo tremendo es que a la firmeza del mundo en que vivimos, a su apariencia de invulnerabilidad le subyace esa oscuridad fundadora, esa abertura que es pura potencia. No encuentro mejor manera de expresar el sentido de este periodo de mi vida que reproduciendo un texto que escribí hace algunos años sobre él: *“En ese verano del 2001”*, Madrid dejó de ser esa mistificación que yo había construido y se transformó en un lugar repleto de oscuridad. Era

=====

Expreso móvil

Vida y universidad, reflexiones autobiográficas sobre las huellas de la universidad pública

como un gran desierto que me devoraba el alma sin piedad. Todo había cambiado de un plumazo, hasta las cosas que creía definitivas se esfumaban ante mis ojos (Llerena, 2013, p.40). En Madrid, el suelo firme de mi vida desapareció y me engulló esa boca infinita, solo quedaron la desorientación, el sabor de la pérdida y la incapacidad, incluso física, de levantarme.

Durante los primeros años de mi migración, hice varios intentos por retomar mis estudios universitarios, pues había descubierto que era absolutamente inútil para el trabajo manual, como albañil jamás podría llegar a sentirme pleno, pues era un auténtico desastre en “la obra”, hasta tal punto era esto cierto que solo tenía algún mérito cuando de cargar fardos se trataba y tampoco mucho. El obstáculo mayor con el que se chocaban mis intentos de volver a la universidad no eran las negativas de la burocracia universitaria española o mi situación migratoria, paradójicamente ese obstáculo provenía de la inoperancia, y yo diría mala fe, de una funcionaria, cuyo nombre recuerdo bien pero prefiero omitir, de la Se-

cretaría de la Escuela de Sociología de la UCE. Por más de dos años el documento que podía permitirme volver a estudiar estuvo represado en esa secretaría, mi madre, que en ese momento se encontraba cursando estudios de maestría en la Escuela de Trabajo Social de la UCE, y que continuaba realizando turnos hospitalarios nocturnos, aplazaba horas vitales de sueño y reparación para postarse ante esa funcionaria con el pedido “extrañísimo” de esos documentos y nada pasaba, nada ocurría, ni el cansancio de mi madre, ni sus ruegos lograron jamás interpelar el sentido profesional de esa mala funcionaria y por supuesto, tampoco su helado corazón. Para quienes se lo pregunten debo dejar claro que esa documentación no era nada especial, el pedido no suponía infracción o trabajo extra alguno, se trataba simplemente de mi récord académico. Esta situación, por demás injusta e insostenible se prolongó hasta un bendito día en el que el sentido profesional y humano de un maestro excepcional se impuso a la desidia del funcionariado ecuatoriano. Lo que sigue lo sé por boca de mi madre y lo relato de la mejor manera que

me es posible. Rafael Quintero - que fue mi maestro en las aulas de la escuela de sociología y, anecdóticamente, también de mi madre en sus estudios de maestría- era en ese momento, Director de la Escuela de Sociología, al entrar a la estancia donde funcionaban las oficinas de la secretaría, encontró a su alumna, mi madre, en un mar de lágrimas y decidida a obtener la, hasta ese momento, imposible documentación; en un gesto propio de su carácter, de su profesionalidad y sobre todo de su humanidad, Rafael exigió a la funcionaria que esa documentación se haga inmediatamente, además, prestó su teléfono celular para que mi madre me llamara y me indicara que por fin tenía los papeles y, no contento con esto pidió a Pablo Celi, que también fue mi profesor, quien estaba a punto de salir de viaje a Madrid, me entregara en mano las que sin saberlo eran las llaves de mi futuro. Sin duda alguna, Rafael Quintero es uno de nuestros mayores investigadores sociales, aún recuerdo sus clases, el rigor de sus argumentos, la abundante e incluso excesiva documentación en la que sostenía sus ideas, Rafael fue para mí un maestro en toda la

extensión del término; me enseñó a aprender y a mostrar, pero esos indiscutibles méritos se coronan con una conformación humana con la que estaré en deuda por siempre. Ese gesto de Rafael Quintero no solo me permitió volver a estudiar y acceder a una vida mejor, sino que también me conectó con la tarea radical de la universidad, con esa función de guía, de orientación en medio del caos de la que habla Ortega.

Más allá de esta anécdota individual, me interesa el papel radical de la universidad del que habla Ortega y Gasset. Estoy convencido de que Ortega está en lo cierto cuando afirma que cultura es el sistema *vital* de las ideas en cada tiempo y de que si hay una tarea central para las instituciones de educación superior de hoy, esa tarea no se agota en la producción de cuadros técnicos, sino, que lo que verdaderamente importa es que estos profesionales, aparte de su especial profesión, sean capaces de vivir e influir vitalmente según la altura de los tiempos. Por eso, afirma con contundencia Ortega, es ineludible crear de nuevo en la Universidad la enseñanza de

=====

Expreso móvil

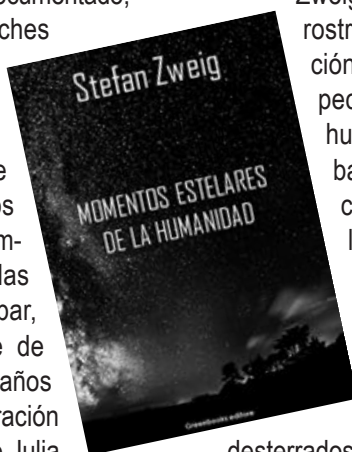
la cultura o sistema de las ideas vivas que el tiempo posee. Esa es la tarea universitaria radical. Eso tiene que ser, antes y más que ninguna otra cosa, la Universidad. (1966, p.323). La universidad es por tanto: el espacio de producción y reproducción de la cultura; el lugar donde se crean las miradas sobre el mundo, donde se define el destino y el camino de una sociedad determinada, por eso no puede ser exclusivamente un negocio, no puede pertenecerle a nadie en propiedad, no puede ser un feudo privado; la universidad que es capaz de tomar el reto, que nos hace Ortega, es, y solo puede ser, la universidad pública; porque esta tarea nos incumbe a todos, nos afecta a todos, nos abraza a todos. Se trata de un esfuerzo colectivo de la sociedad que debe encarnarse en la universidad; en tanto que institución pública porque lo que está en juego en esa promoción de la cultura es el destino del ser humano, su salvación vital.

Me identifico plenamente con estas ideas de Ortega, he vivido

ese caos que es la vida, ese extravío total que ciega y desorienta y también he sentido la presencia salvadora de la Universidad. Para mí, la Universidad Complutense de Madrid fue la luz que orienta en medio de la absoluta oscuridad. En el año 2004 después de un duro proceso migratorio y de años de desorientación, abandono de mí mismo y caos total, regresé por fin a las aulas universitarias. Aún mi estatus migratorio en España era irregular, me encontraba a la espera de la obtención de la tarjeta comunitaria, pero mi proceso de admisión en la Facultad de Sociología de la Universidad Complutense había sido favorable y pude, pese a mi condición migratoria, retomar mis estudios en esa universidad y facultad que se convertirían en mi segundo hogar. En esas aulas no solo me forme con maestros y maestras de inmensa estatura intelectual. Como olvidar a Andrés de Francisco, Eduardo Crespo, Víctor Pérez Días, Joaquín Abellán, Elena Casado, Ignacio Castián, Manuel Valles, María Ángeles Cea de Ancona -ciertamente vuelvo a in-

La universidad
es por tanto:
el espacio
de producción
y reproducción
de la cultura

currir en una enumeración medrosa e injusta por la que ofrezco disculpas-, sino que fundamentalmente encontré respuestas a preguntas muy antiguas, respuestas que han orientado mi vida y mi destino. Esos años de estudios de sociología en el campus de Somosaguas fueron realmente duros y sin embargo, significaron, para mí la entrega al ideal del compromiso. El primer año, aún indocumentado, trabajaba por las noches en un bar de la calle Ponzano, se llamaba El Rompido. Me sentía incómodo porque era el mayor de todos mis compañeros y compañeras y, debido a las horas de cierre del bar, me dormía en clase de Celestino del Arenal, años después, en la celebración de la tesis doctoral de Julia, Celestino me hizo por esta falta un cordial reclamo. Este fue también el tiempo de grandes descubrimientos, de transformación y ampliación de mis ideas. Me fascinaban las clases de Andrés de Francisco, llenas de erudición y sensibilidad. En una de ellas hizo referencia a los: *Momentos Este-*



lares de la Humanidad de Stefan Zweig, y yo ya no pude despegarme de esa recomendación bibliográfica. Las clases de Andrés, su idea del cambio social, su bello manejo conceptual y su amplitud de miras, fueron; para mí, la muestra de que es posible pensar en un mundo mejor sin que por ello se auspicie el ya famoso: *Fiat iustitia, et pereat mundus*. En la lectura de Zweig, descubrí el rostro de la revolución rusa, su aspecto austero, humilde y sin embargo titánico, cuando el tren de los desterrados rusos atraviesa Alemania y después de un periplo fatigoso esos desterrados, y entre ellos el inquilino del zapatero de la Spiegelgasse que nadie regresaba a ver en Zurich, ponen pie en la madre patria rusa, todo cambia:

...la inmensa plaza está llena de gente. Pueden contarse por millares los obreros; representaciones de

=====

Expreso móvil

Vida y universidad, reflexiones autobiográficas sobre las huellas de la universidad pública

todos los cuerpos armados esperan para rendir honores a los desterrados que vuelven a la patria. Resuena la «Internacional». Y cuando Vladimiro Ilitch Ulianov desciende del tren, aquel hombre insignificante que hasta hace poco vivía en Suiza en casa de un zapatero remendón, es aplaudido por una ingente multitud y llevado en hombros hasta un automóvil blindado. Los reflectores instalados en las fachadas de las casas y en el castillo se concentran sobre él, y desde aquel coche blindado dirige su primer discurso al pueblo. Bulle animadamente el gentío por las calles. Ha comenzado el «ciclo de diez días que lo trastorna todo». El proyectil ha dado en el blanco, ha destruido un imperio y cambiado la faz del mundo (Zweig, 2004, p.284-285).

Aún conservo el libro de Zweig, con una dedicatoria que me dolió por muchísimos años, aún lo cito siempre que puedo, aún recuerdo a Andrés respondiendo, sin saberlo, a una interrogante fundamental de mi vida: la utopía puede construirse por sobre muchas

cosas, pero nunca por encima del ser humano. Gracias a Andrés de Francisco conservo mi fe en la utopía, en la urgencia de un mundo nuevo, pero esta fe se levanta hoy más en el amor por la humanidad que en la rabia.

El encuentro con la vocación es muchas veces azaroso, pero, desde mi experiencia, puedo asegurar que solo él es fuente de verdadera plenitud. Como he relatado decidí estudiar sociología por la fascinación que me causó Napoleón Saltos y recorrí ese camino durante muchos años. Lo que no sabía y solo descubrí bastante tiempo después, es que el pensamiento político de Napoleón hacía pie en la filosofía política, en su lectura de Rancière por ejemplo, y que lo que me fascinó en su discurso no fue el rigor de la ciencia, sino el vuelo de la filosofía. Las aulas de Somosaguas, sus maestros y maestras, empezando por el propio Andrés de Francisco, Javier Noya, Fernando García Selgas o Elena Casado, entre otros y otras, fueron llevándome a mi auténtica vocación. En los últimos años de la carrera mis oídos, y sobre todo mi espíritu, estaban ya listos para

el encuentro decisivo. Llegué a Kant, y por tanto a la filosofía, gracias a Joaquín Abellán, profundo conocedor del pensamiento alemán, fue Joaquín, su rigor filológico y su lucidez, quien dejó clara en mi espíritu la impronta filosófica.

Al terminar la licenciatura se dieron dos hechos fortuitos que me llevaron a la facultad en la que dictaron cátedra Ortega, Morente y Gaos. El primero de ellos está relacionado con mi querida amiga Concepción Castrillo, -de quien tanto esperábamos y tanto nos ha dado en el terreno de la investigación sociológica, empezando por una magnífica tesis doctoral que es hoy objeto de consulta. Conchi se encontraba a la espera de la respuesta a su petición de beca de estudios de doctorado pero había decidido cursar el Máster de Estudios Avanzados de Filosofía. En una conversación de las tantas que teníamos me invitó, incluidas amenazas y chanzas, a matricularme con ella en ese programa de estudios de posgrado, pero sucedió que le concedieron la beca y por tanto no pudo hacer el Máster, en cambio yo, gracias a ella, estaba irremediablemente embar-

cado en el proyecto, con la matrícula pagada no podía bajarme del tren en marcha. El segundo es algo así como una epifanía y sucedió en ese mismo periodo. Llevaba algún tiempo de amistad con el filósofo ecuatoriano Carlos Levoyer, hombre erudito y poseedor de un corazón igualmente grande. Una tarde, en el departamento de la calle Atocha 12, Carlos me contó su teoría sobre la concepción atomística subyacente en la *Poética* de Aristóteles, en sus palabras, herencia de Demócrito con la crítica feroz de Platón, esa conversación me abrió los ojos definitivamente. Carlos fue en ese momento el mensajero de la providencia y ha sido desde siempre un verdadero amigo, una guía, una luz en mis búsquedas filosóficas. Gracias a estos hechos inconexos y azarosos cursé el Master de Estudios Avanzados de Filosofía que ofrecía la UCM visto con los años, puedo asegurar que soy una persona afortunada, nunca he tenido dudas de que la filosofía es mi verdadera vocación y llegué a ella por casualidad.

El primer día de clase en la Facultad de Filosofía de la UCM expe-

=====

Expreso móvil

rimenté la sensación, inédita desde los lejanos tiempos del Tae Kwon Do, de estar en casa, de acuerdo profundo conmigo mismo, y desde ese instante esa sensación ya no me ha abandonado. Mis libros, los autores y autoras, van conmigo a todos lados, son el lugar que habito y me habita. Los sucesivos naufragios que me sobrevinieron, un terrible divorcio, incontables y dolorosas rupturas, una nueva migración, el abandono no voluntario de mis bibliotecas, todo eso y muchas peripecias más, no han sido suficientes para agotar esa sed de saber, que, como indica Ro-

dolfo Agoglia (1966), nace del amor. De la Facultad de Filosofía de la UCM podría relatar mil hallazgos, que quizá debe intentar en otro momento y lugar, por ejemplo, la impresionante primera clase que recibí con José Luis Pardo, pero en atención a lo sustancial, solo comentaré mi encuentro con Aristóteles gracias a Nuria Sánchez Madrid. Las clases de Ontología Política eran de tal nivel que los compañeros y compañeras del Máster nos preguntábamos: si ella, Nuria, era humana o una inteligencia artificial o alienígena. Poseedora de una erudición inabarcable, capaz



de trabajar en varios idiomas, Nuria hacía gala además de un agudo sentido crítico. En sus clases entendí que, como afirma Ángel Gabilondo, el cuidado de la palabra es el cuidado de la vida y de la justicia, es decir, que aunque no sea evidente, las palabras tienen peso, por eso el rigor filológico con el que Nuria trabajaba sus exposiciones era absolutamente fascinante. Nuria me brindó mi primera aproximación seria a Aristóteles, filósofo que supuso una auténtica revolución en mi comprensión de la política y de la sociedad. He seguido el camino que esa aproximación me ha marcado, mi tesis doctoral por ejemplo, tiene, entre uno de sus intentos, realizar un diálogo entre Aristóteles y Marx a través de Bolívar Echeverría. Mi contacto con Nuria es una muestra más de mi buena fortuna. Nunca pensé aprobar su riguroso examen, hasta hoy no sé cómo lo hice, y tampoco creí posible que ella, una filósofa de tal estatura, aceptara dirigir mi Trabajo de Fin de Máster y mi investigación doctoral, pero así fue, y estoy convencido de que no podría haber contado con mejor guía que ella

para estos empeños, estoy seguro de que sin su apoyo y consejo nunca me habría doctorado. Le doy gracias pues, mis tibios y legos pasos en la filosofía han contado con su apoyo.

Tanto mi tarea docente como mis investigaciones están determinadas por el encuentro tardío de mi vocación, ya no hago otra cosa que no sea bregar en la filosofía. Gracias al encuentro con la vocación y a la fortuna que no me ha abandonado aún, he podido dedicar mis esfuerzos a este camino inabarcable, en el que sin embargo soy y construyo. Estoy convencido de que la Universidad Complutense me salvó del sinsentido, la pobreza y la vileza. Ustedes quizá se pregunten ¿dónde está la salvación de la que hablo?, esa salvación que no es únicamente material, sino que, fundamentalmente, es libertad del espíritu, pues bien, considero que estudié en una universidad que, merced a la estatura de su planta docente, aporta decididamente a la construcción de ese campo de ideas que llamamos cultura. Tanto los debates centrales de la sociedad española, como las

=====

Expreso móvil

ideas que orientan la construcción colectiva del destino común de esa sociedad, se fraguan, se discuten, se ordenan, jerarquizan y circulan en y a partir de la universidad pública y, particularmente, de la Complutense. Estas es, a mi entender, la creación y enseñanza de la cultura de la que habla Ortega, esta es la acción universitaria que para mí se traduce en guía, orientación y, por qué no decirlo, salvamento del ser humano y es también la mayor empresa de las instituciones de educación superior, la que les es más propia y la más urgente hoy. Quizá pueda hacer más comprensible mi oscura exposición si recorro a un ejemplo. A comienzos del siglo XXI. España, en general, y la Comunidad de Madrid, en particular, vivió una arremetida neoliberal. Recordemos que, hasta el año 2004, gobernó Aznar y que en la Comunidad de Madrid son aplastante mayoría los gobiernos del Partido Popular. No descubrimos nada si afirmamos que uno de los postulados centrales de la ideología neoliberal es la idea de que el Estado debe ser lo más pequeño e intervencionista posible. Bajo

este principio los gobiernos del PP llevaron a cabo acciones que afectaban directamente a los servicios públicos de salud y educación. Debido a este contexto, la discusión sobre lo público era central cuando llegué a Madrid y lo sigue siendo hoy. Más allá de la postura y los argumentos utilizados por los contendientes, lo cierto es que el debate de este problema nuclear de la sociedad española y madrileña se hizo y se hace en buena medida en las aulas universitarias. Los y las docentes investigan, publican y toman postura frente a este asunto, la presencia pública de la voz universitaria es fuerte, rica y variada. La universidad pública está así, presente en los debates nucleares de su sociedad y de su tiempo. En ese debate público, en ese caldo de discusión y enfrentamiento dialéctico, me formé primero como sociólogo y luego como lector de filosofía, en ese marco adquirí las certezas que regulan mi tarea profesional y mi vida, es por eso que hablo de guía y salvación, pues esos debates han nutrido mi propio pensamiento y mi autonomía intelectual.

En la Universidad, se habla; pero también se habla de parte a parte en la ciudad, por todos los rincones sociales. El hecho de que las partes de que se compone una sociedad lleguen a acuerdos, compromisos o contratos mediante la palabra es lo que conforma ese espacio al que llamamos ciudad, un marco, en definitiva, para eso que llamamos ciudadanía. Ahora bien, la especificidad del hablar universitario es que está interesado en y orientado a lograr un efecto al que llamamos verdad. La Universidad es la sede del conocimiento, y el conocimiento no es sino esa capacidad que tiene la palabra para establecer un contrato o un compromiso con la verdad y no simplemente con los hombres, con los otros hombres.

Luis Alegre, Carlos Fernandez Liria: *La revolución educativa. El reto de la Universidad ante la sociedad del conocimiento.*

IV

A inicios del año 2012 regresé a Quito con el propósito de radicar nuevamente en Ecuador. Todos los comienzos son difíciles, y más cuando se deja atrás la lucha de más de una década, pero esta nueva migración fue para mí particularmente complicada, sin embargo, una muestra más de mi buena fortuna, volvió a aparecer en mi vida la universidad. En febrero de 2013 se me brindó la oportunidad de incorporarme como personal docente contratado a la Facultad de Comunicación So-

cial de la UCE y, aunque esta opción laboral no era económicamente muy interesante, debo decir, en honor a la verdad, que no dudé ni un segundo en aceptar esa oportunidad y que desde el primer momento fui consciente del reto y del privilegio que representa asistir a las aulas de la Facso en calidad de profesor. Con mi vinculación docente a la UCE se inauguró el periodo más estable, más productivo y más feliz de mi vida. Mi trabajo y mi fe en el futuro están comprometidos con la tarea universitaria, tarea que creo es hoy más urgente y necesaria que

=====

Expreso móvil

nunca, no solo para el individuo, sino también para la humanidad toda. Hoy, esa tarea de guía que ostenta la universidad nos implica a todos porque no se trata ya de salvarnos individualmente del caos, sino de orientar el destino de nuestra especie.

Una época como la nuestra, marcada por la oscuridad y el peligro, hace patente el hecho de que en el devenir de la Universidad, en tanto que institución rectora del conocimiento, se juega el destino de la humanidad. Puede parecer que estas palabras son exageradas pero para mí no es así. Creo que vivimos tiempos de orfandad. El nuestro es un mundo desencantado que el espíritu de dios ha abandonado a su suerte, por tanto, nuestra existencia descansa en el azar de nuestro albedrío y esa no es una buena noticia. El ser humano que cabalga sobre la técnica es un demiurgo de potencia incalculable, pero es también un animal: terrible, funesto y salvaje, en tal virtud

en el centro de las preocupaciones vitales de nuestro tiempo se impone la pregunta de si podrá el ser humano sobrevivir al ejercicio de sus propias fuerzas. A la luz de la historia reciente y sus ominosos ejemplos, pensemos en los monstruosos hechos del siglo XX. Es evidente que la técnica desbocada es una amenaza para la sobrevivencia del ser humano. Hoy como ayer la voz de la razón nos habla desde el mito. Platón pone en boca de Protágoras la advertencia sobre el peligro mortal que acecha en el regalo irresponsable que hizo Prometeo a la humanidad y en la necesidad de dominarlo a través del ejercicio de una técnica entregada a la humanidad por el mismísimo Zeus. La técnica de la que habla Protágoras es la base de la ciudad, su fundamento espiritual y no es otra cosa que la política (Platón. Protágoras, 322 c-d), y cuando digo política me refiero específicamente a la construcción deliberativa del destino común. La técnica política asume, as, su papel de lí-

Una época
como la nuestra,
marcada por
la oscuridad y el peligro,
hace patente el hecho
de que el devenir
de la Universidad,
en tanto que
institución rectora
del conocimiento,
se juega el destino
de la humanidad

mite de las potencialidades prometeicas que han sido desatadas bajo la forma del trabajo (Llerena, 2019, p.152). En un mundo como el nuestro, es decir, exclusivamente humano, no queda duda alguna de que es la universidad la única institución que puede abandonar esa tarea que he llamado política.

Ciertamente el debate de ideas es constitutivo de la acción de la universidad pero no olvidemos que ese debate posee una característica central que está expuesta en el epígrafe de este apartado. Como afirman Luis Alegre y Carlos Fernández Liria (2004, p.228), el rasgo específico del debate público que acaece en la universidad es su compromiso con la verdad. Para mí es ese compromiso con la verdad el que pone a salvo a la universidad, elevándola respecto del ruido de las luchas

partidistas y de la miseria que ha devenido de esas luchas, miseria esta que mal llamamos política. Pregunto ¿qué otra institución social puede hoy esgrimir un valor como este?, ¿acaso la iglesia puede hablar desde el desinterés?, ¿acaso las organizaciones políticas pueden ubicar su decir en la verdad?, ¿quién puede hoy acoger la misión de respetar, promover y luchar por la verdad? Creo que el papel de la universidad hoy es justamente el de recuperar el ejercicio de la palabra como fundamento de la búsqueda de la verdad. Se trata por tanto de asumir la tarea política en sentido estricto, es decir, velar por la construcción colectiva del destino común. Nunca, como hoy ese papel es más necesario y urgente, nunca como hoy, fue más cierto que la universidad es esa institución capaz de guiar en medio de la oscuridad.

BIBLIOGRAFÍA

- Alegre, Luis. Fernández, Carlos. (2004). La revolución educativa. El reto de la Universidad ante la sociedad del conocimiento. Revista LOGOS. Anales del Seminario de Metafísica No. 37.
- Agoglia, Rodolfo. (1966). La filosofía como "sabiduría del amor". Revista de Filosofía, No 17, Universidad Nacional de La Plata.
- Echeverría, Bolívar. (2010). Definición de la cultura. México, FCE.
- Dosse, Francois. (2007). El arte de la biografía: entre historia y ficción. México: Universidad Iberoamericana.
- Gaos, José. (2008). Filosofía de la Filosofía. México: FCE.
- Platón. (2011). Diálogos I. Madrid: Gredos.
- Ortega y Gasset, José. (1966). Obras completas, Tomo IV. Madrid: Revista Occidente.
- Pujadas, Juan. (2002). El método biográfico: el uso de las historias de vida en la ciencias sociales. Madrid: CIS.
- Thomas, William y Znaniecki, Florian. (2006). El Campesino polaco en Europa y en América. Madrid, CIS.
- Vernant, Jean-Pierre. (2012). Erase una vez... El universo, los dioses, los hombres. México, FCE.
- Zweig, Stefan. (2004). Momentos Estelares de la Humanidad. Barcelona, Acantilado.
- Llerena, Óscar. (2013). Topopoligamias. La existencia humana en los márgenes de la sociedad internacional. Quito, K-oz
- -----, (2019). Barroco y crisis de la Modernidad: su aplicación para la evaluación de prácticas políticas desde la lectura de Karl Marx y Bolívar Echeverría. Tesis Doctoral, Madrid, UCM.

* Óscar Llerena Borja. Doctor en Filosofía por la Universidad Complutense de Madrid con una tesis laureada sobre Bolívar Echeverría y Marx. Docente titular de la cátedra de Filosofía en la Facultad de Comunicación Social de la Universidad Central del Ecuador. Tiene una importante producción académica en el área de la filosofía política y de la cultura. Es experto en intervención social, desarrollo comunitario e investigación sociológica.